

Intentarlo todo de cero

Sebastián Aedo



Capítulo 1

La historia de este capítulo comienza conmigo caminando por el Parque Drummond en Hueltún, la ciudad de mi rota infancia. El Parque, por su parte, es el eje central de Hueltún, y se extiende por kilómetros hacia su zona oeste, como arteria principal irrigando y no irrigando árboles, estaciones de metros y estanques de patos. Fue diseñado en la dictadura en honor a un anónimo colono holandés y se mantiene impertérrito desde entonces, un recuerdo ochentero en una ciudad llena de ellos. Por la otra, Hueltún en sí, ha cambiado mucho en este tiempo. Pero hay ciento doce documentales que mejor explican ello. Y juntos, vimos más de uno.

Caminar por Drummond una temprana mañana de invierno, de un día determinado de agosto de año desconocido, es como caminar por un plano arquitectónico, entre sus esquemas y maquetas, de diseños futuros y transeúntes inmóviles. Hoy hay de todo eso, sin embargo, también hay coro de expresidentes. La razón es la vieja tradición hueltunina, desde la conquista hasta estos días de agosto, de recibir a presidentes actuales y pretéritos, hasta los pequeños presidenciables en un festín de indigencia política. Sus presidenciales ropas bien planchadas cubren la carcasa de señoriales mendigos. El más viejo y arrugado inclusive se arrastra por su propia mierda incontinente, esperando que le paguen con la limosna de nuestros votos.

Hoy el coro está más nutrido de costumbre, hasta un par de los mejores ya difuntos me encuentro. Nunca me han gustado los conflictos políticos, tú siempre fuiste tan firme y distinta con eso, pero no me queda de otra que pasar entre ellos y esperar que no molesten tanto. La otra opción sería cruzar de calle, pero ya me he referido bastante al Parque Drummond para ahora empezar a pontificar de la Avenida Álamos. Esa Avenida que es autopista sin sentimientos, aunque un par brotaron las veces que te acompañé de tu lugar al mío. Nos burlábamos de las ciclovías y jugamos a no pisar serpientes.

El más desaliñado y mamarracho se me acerca a solicitarme un voto, un votito, una cuña o pequeña declaración. O eso supongo. Lo rechazo antes que me toquen sus manos sucias, pero subestimo lo largas y alcanza a dejarme su huella impresa en el suéter rojo que tan crepuscularmente uso. Me pide además, me suplica ahora el celular porque ya trajeron el guanaco y están bañando sus ternos formales, porque los gases lacrimógenos están derritiendo sus máscaras impostadas.

—Si tuviera lo estaría usando yo —le respondo antes de irme rápido y pedir un Uber, porque es verdad que el olor a cebolla, limón y apio me consume los vasos capilares.

Me bajo sólo dos cuadras después, sin embargo. Aquí, está el estanque más grande de todo Drummond, donde alguna vez nosotros fuimos, fuimos antes de ser cenizas. Fuimos de la mano y alimentando patos.

Me siento frente a sus aguas tranquilas que reflejan el sol naciente. Y en esa posición de loto occidental emprendo un viaje, uno personal, de rebobinar los VHS de mi memoria. Giran en dirección reversa y pronto es la noche la que la laguna refleja y son noches ya no de agosto, sino de julio, y son julios no de este año sino de otro. Espero llegar al día que aquí mismo me dejaste, o mejor antes, mucho antes. Una época de manos y anátidos. Me retrotraigo para al fin regresarme contigo, y así intentarlo todo de cero.

Despierto con las patas en el alto, la planta apoyada sobre las cerámicas, la cabeza a medio hundir en el desagüe de la tina. Me cae un chorro de una cañería mal ajustada, una gotera tortuosa que estimula el mentón en que aterriza, y su monotonía mis canales auditivos. También lo estimulan el barullo abstracto, que a medida que recobro conciencia, me inunda con confianza con las voces de personas que, si conozco, lo desconozco. Pronto me acuerdo, estoy en el baño de la casa del Chucho Nahuel y tú ya no estás conmigo.

Mi falta de líquido no es coherente con el exceso de secreciones que me rodean. Mis pantalones orinados, los azulejos vomitados, mis brazos húmedos en sangre y el agua del inodoro corriendo, corriendo. Sin embargo, nada de ello humedece mis labios. Están secos y mi lengua —pastosa, inflamada —no les basta. Estoy solo en el baño y fuera de la puerta se arma una fila que me quiere sacar a patadas, pero teme ensuciarse los zapatos con mis sorprendentemente abundantes secreciones. El carrito de Nahuel para mí está largamente terminado.

Empezó cuando llegamos por carriles separados. No fue muy difícil porque la temática toda era de cuadrados, o rectángulos, o ángulos de 90 grados. Difícil saberlo. Lo cierto es que los sillones se encontraban todos arrimados a las paredes igual que las sillas; cómoda por medio una silla colgando del techo. El resto de los muebles de eucaliptos se torcían simiescos y guturales, como una jungla de artesanías y de oro cachivaches, en rojo todos. Ni hablar de las mesas. De todas maneras, de perímetros separados, tú pasas a saludar al Melancólico Quezada y yo al balcón, bajo el cielo nocturno despejado.

Bajo las estrellas y sobre el techo encima de mi cabeza, Raúl y Sofía se besan apasionados, con la ropa desaliñada entre las tejas. Aquí en el balcón, Zobeida y Francisca discuten de qué tan beneficioso es ser hombre.

—No porque una mierdita reciba buen trato y un altar en su nombre, voy a empezar a querer ser mierda —argumenta Francisca, y veo como tú

asientos al otro lado de los ventanales.

Poco después me enteraría que entre yo describo todo esto, tú le confesarías al Melancólico que ya no querías seguir en nuestra relación. Él, como suele hacer con quien le venga a pedir consejo te dio todo el apoyo que no necesitabas, y como en dueto me lo comunicaron. Así, escueto, sin florituras. No hubo poesía esta noche. El Chucho Nahuel rio. Yo, emputecido, agarro uno de esos tantos ceniceros de madera, con las venas impresas árboles torturados al fuego infinito, y se lo arrojó a la cabeza melancólica de Quezada. Antes que me agarren me escabullo al baño, en mi mera compañía y la de tres botellas y mis llaves filudas. Pienso, o es lo último que de lógico hilvano, qué miserable final a estos carretes generacionales acabo de epilogar.

Seguramente te fuiste con Francisca y con la Foca Zobeida porque a ellas fue las primeras que vimos. Fue al norte, al norte de Rallipán al menos, de dónde el Chucho tiene su enorme casa. Aquí, en el supermercado de pueblo, ese de tres atiborrados pasillos, anaranjadas máquinas tragamonedas, música de casino, nos sentíamos como en un antro de cine oscuro. La Foca y la Fran estaban del lado de la barra, degustando tragos alquímicos, eligiendo para Nahuel el mejor regalo. Nosotros andábamos apurados por los pasillos, moviéndonos ante la música de ascensor atardecido. El ambiente de alba nos tiñe de amaneceres en la tarde rallipana, mientras buscamos los brebajes más intoxicantes, más destilados alcoholes como tributo a Nahuel y su casa inmensa.

Estábamos en el pasillo de las cervezas. Hay miles, hay cientos. Botellas alargadas y guatonas, graves y agudas, de trompeta y de taladros, un laboratorio alquímico de matraces cerrados con tapa rosca. También las latas, crecientemente grandes e imponentes, hasta intimidar con su mera presencia de escaparate. Sus caras cilíndricas, de varios tonos de dorado y logos desproporcionados, nos contemplan en silencio juzgando. A ti porque te empeñas en comprar Baltica, como la ofrenda perfecta, la que alguna vez le hicimos a Muhammad, y fueron tan bien recibidas. Yo porque lo encuentro de una bajeza inaudita, y me niego a llevar copete alguno que no tenga los dejos cristalinos de una botella fina.

—¿Cómo se te ocurre? Es la inauguración de básicamente el palacio del Chucho, y sabes cómo es el Chucho, ¿y vas a llevarle Baltica?

—Bueno eso es lo que yo tomo.

—¡¿Pero qué mierdas tienes en la cabeza?!

Mi exabrupto hace que Francisca y Zobeida, y hasta el vendedor de la botillería ya no tan invisible, se asomaran con curiosidad al espectáculo .

Te arrastro y acorralo en el freezer de los helados para musitarte:

—Esta es la última vez que me haces este show, ¿me entendiste? Si quieres ir a humillarme, bueno, anda sola. Yo llevaré algo que valga la pena y no seré el chiste como te gusta ser siempre a cada puto lugar que vamos.

Por momentos, nuestras miradas realizan el resto de la conversación. La mía iracunda y desencajada, los nervios ópticos y vasos capilares estallando de mis pupilas. Y la tuya, atenta, desafiante. Hasta que respondes:

—Okey.

Dejaste el sixpack de Baltica en exactamente el mismo lugar del que las habías sacado. Nunca te ha gustado darle mayores tareas a los miserables estudiantes que tienen que trabajar reponiendo tiendas metropolitanas, al servicio de meras limosnas, ni siquiera suficientes para comprar una de las latas que tú misma ordenas. Le haces un gesto a Zobeida y Francisca, que desde dónde quedé parado sólo pude suponer fue una sonrisa, y sales por las dos puertas de diamantes a Rallipán. Te quedas parada lo que se siente un minuto, bajo la tarde rallipana y su perpetua llovizna. Abriste los brazos y alzaste la cara al cielo, quizás el rocío se llevó tus lágrimas, maltrajo algo tu de oro delineado.

Yo sólo di un paso, con tus Baltica en una mano y mis Corona en la otra. Por ese efímero minuto ahí parada fuiste como la mujer que descubre de Rallipán la única salida, viva imagen del comienzo de un western. Yo, no me atreví a partir.

En esta laguna ya sólo me queda recordarte Gabriela, tu piel y tu voz diamantina; te predigo como psicóloga que terapea y revive a los muertos. Los patos que aquí me rodean, tan inmóviles, bien también podrían estarlo. Es el mismo lugar pero de aura tan diferente a cuándo por primera vez aquí nos vimos, cuándo bromeamos su buen rato en cual sería el primero en acabar de patos cagados.

Tú adorabas los patos. Tal vez, todavía lo haces, sólo que ya no éstos, no los de Drummond. Tenías un pato rojo llamado Giorgio y yo nunca te creí, pero tú tampoco me creíste nunca que mi mono se llamaba Fafa. Te enojaba que fuera supuestamente cierto, pero ni supiera si era más simio que primate. Y la verdad es que todavía no sabría decirlo porque nunca entendiste que el punto era que no me importaba, que era mi nahual de turno, aunque me hubiese gustado que ese fueses tú. Quizás por eso compartían sus risas de monito.

Cuando te dije eso, nuestra primera vez aquí en la laguna, enmudeciste por un momento. Lo estabas procesando, supongo, analizando qué

responder ante declaración tan osada. Pero sonreíste y apoyaste tu cabeza en mi hombro. Si un extraterrestre nos observara nos hubiese detectado como un solo organismo, de dos cerebros y corazones, pero todos unidos por una maraña de vasos sanguíneos como de dentífrico escurridos. Y esa imagen valió, como respuesta, más que cualquiera de tus hipotéticas palabras.

Esta noche despejada junto al estanque es, entonces, idéntica a la nuestra. Faltas tú, por supuesto y sin embargo te tengo en la mano. Tengo tu celular o mejor dicho el mío, que guarda el tuyo porque me lo aprendí, sin quererlo y de memoria. Junto al 4044 que usabas para desbloquearlo, tu clave del cajero del banco y de tu navegador académico. Conociéndote debe haber significado la muerte de un tirano o el comienzo de algo bueno.

Mientras marco, rememoro cómo comenzó mi algo bueno. De paso, temo responderme cuál es el tuyo.

Sólo cuadras atrás, de la nada apareciste, te aferraste a mí y me sacaste del grupo de presidenciales mendigos, como salvadora de mi bolsillo y fobia social. No nos quisimos después separarnos. Nuestros hombros estaban escribiendo su propia historia. Con la hallulla que despedazamos alimentamos aves. Me hablaste de Giorgio, te hablé de Fafa. Con la luz de las últimas estrellas, bailamos y cambiamos roles, tú te dibujaste un bigote y yo me envolví en tu falda.

—¿Qué extraño modo es ese? —me preguntaste — El que tienes de bailar...

—¿Qué tiene? Es un paso clásico...

—Tan de nunca despeinarte, y tan corrido de mí hacia atrás.

Me acercaste como lo hiciste antes y nos besamos y me besaste, balanceados en una sólo pata, voy a suponer la tuya. Arriba, y también abajo, en la laguna, brillaban como diamantes las luces anaranjadas de ánades soñados. Empiezan los tonos, que imagino donde sea que estás, suenan como tu ringtone. Del Flaco o los singles de Pablo en teleradio. Más probable, es que sólo esté vibrando en un velador o tu bolsillo, mientras cada pitido en mi oreja. Cada pitido en mi oreja me recorre y rebusca las venas, las de nuestros primeros orgasmos y besos.

Tus argumentos de por qué pertenecer a un partido político. Que tu familia, que era del sur. Cuando fuimos a acampar y se nos quedó la cocinilla. En Nahuelbuta, entre los pinos, no la calle, tuvimos el cielo en la tierra. Yo te llamaba Ale y tú me hiciste sentirme Gabi. Me llevaste a mi primera marcha. Cuando lloraste porque te grité y estabas resfriada. La primera vez que comimos arroz y me enojé porque quedó quemado. Esa

foto de perrito que tenías en WhatsApp. La primera vez que te empujé porque me revisaste el celular. Mis últimos insultos, y ese último paso en falso que di, pero nunca terminé. Todas las veces que te juré que lo nuestro era para siempre. Mi show suicida en la casa de Quezada después, después que ya te fueras. Y ahora, que ya te licenciaste, que vives en Rallipán y adoptaste a lo menos dos perros sin hogar.

—¿Aló?— me contestas, y yo no me atrevo a hablar.